

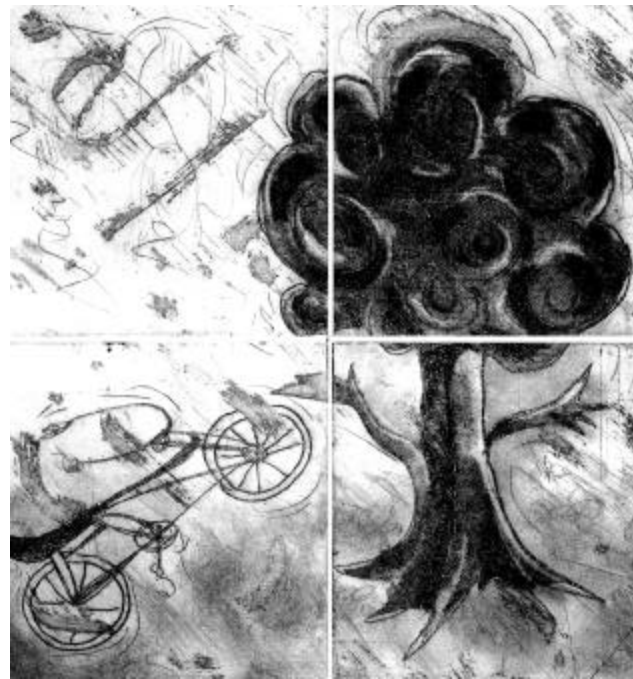
conato

MIGUEL ÁNGEL SÁINZ LARA

Empieza un nuevo día, y más que nuevo, otro; quisiera gritar de alegría por el milagro del sol, pero tan pronto pongo un pie fuera de la cama, mi opacidad fragmenta los rayos de luz en diminutas gotas de sudor y, siempre he pensado que son éstas, la muestra más evidente de humanidad y a mi, ser humano, me viene absurdo; termino de pensar esto cuando ya estoy cerrando la llave de la regadera; voy hacia la repisa y tomo el frasco nuestro de cada día, tengo la esperanza de que en cualquier momento me revienten las pastillas en el estómago y acaben con mis pasos; doy algunos para alcanzar el café sólo y cargado, como reflejo que convulsionará mi garganta; cae la última gota de la boca al zapato cuando ya estoy llegando al trabajo: actividad que se reduce a voltear a mirar el reloj cada cinco minutos, hasta que llega la hora en la que no me quiero ir; tan estúpido como el que no quiere contar estrellas por miedo a que se le acaben. Me escurro a la casa: dimensión paralela donde se arrincona el silencio en un gran vacío. Más pastillas, un vaso con agua, tres cigarros y mortificaciones de postre son el alimento balanceado, rico en recriminaciones que me empuja a la cama; tal vez no dormiría tanto, si no me cuestionara igual, pero mi vida es una constante pregunta que precede a una intermitente inseguridad, ¿me conviene?, ¿soy bueno?, ¿me importa?, ¿soy malo?, ¿qué hago?, ¿cómo me siento? ¿cómo me acuesto?, ¿y si me canso?, ¿y si lo pruebo?, ¿y

si me gusta?, ¿por qué?; ésta es la razón del encierro. ¿Por qué tanto interrogatorio?, cuando bien podría llevar una vida más simple o darme dos tiros, aunque cualquiera de las dos opciones no me interesan.

Despierto sólo para darme cuenta que soy yo otra vez, el mismo descubriendo dos veces sobre el mismo río, nada ha cambiado: sigue el sudor que ya es una dermis, continuo aletargado en el miedo, mediatizado hasta el esfínter, sigue la noche que sólo es lo mismo pero más oscuro. Abro-cierro-abro las ventanas. Empieza un nuevo día y más que nuevo, otro; apenas me levanto, mi opacidad pulveriza las posibilidades con el aliento amargo de la realidad que me desbarata. ■



Víctor Mora